

Caminería

Recorrido Buriticá – Giraldo – Cañasgordas

Luis Fernando Acevedo Ruiz

Editor VIREF Revista de Educación Física

Correo: revistaviref@gmail.com

¿Una caminada?

Sí, una caminada, o caminata por el campo, lo que conocemos como caminería, senderismo, trekking o hiking, es sobre lo que trata esta crónica. Simple pretexto para compartir con los lectores una experiencia basada en la forma de desplazamiento natural y característica de los seres humanos: andar a pie, lo que hoy representa una modalidad de actividad física que poco a poco va ganando más adeptos, por diversas razones. Y es que caminar ya no es aquella actividad reservada para quien no tiene otro medio de transporte, ni para quien no puede realizar otro tipo de ejercicio.

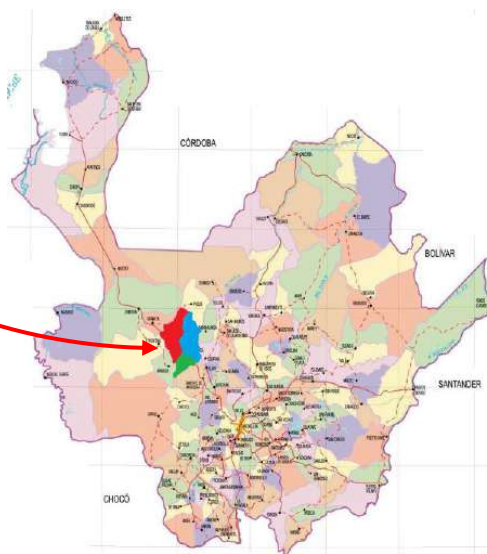
Contrario a lo que se suele afirmar, al parecer la caminata es uno de los ejercicios más completos, seguros y beneficiosos para la salud, especialmente porque nos obliga a recuperar y mantener, durante el tiempo en el que caminamos, nuestra postura natural, en constante riesgo debido al sedentarismo que usualmente caracteriza la cotidianidad de gran parte de las personas. De otro lado, especialmente en las ciudades, inundadas siempre por esa oscura, humeante, maloliente y estruendosa marea de chatarra, caminar resulta un medio de transporte sumamente eficiente y limpio. No en vano se nos invita a hacerlo, cada vez con mayor insistencia, para ayudar a disminuir tal caos, pues un caminante más es un vehículo menos.

Pero bien, todo esto es hartito sabido, así que tampoco es necesario dar muchas vueltas. Solo con que a algún grupo de chiflados nos entusiasme andar a pie, y decidamos darnos el lujo de gastarnos todo un día, o más, en ello, ya es razón válida. Esta, entonces, es la historia de la caminada.



¿Dónde?

La república de Colombia está ubicada al noroeste de América del Sur. Tiene un departamento –estado o provincia– llamado Antioquia. La caminata, de unas diez horas, incluyendo las pausas, se realizó por jurisdicción de tres municipios antioqueños: Buriticá, Giraldo y Cañasgordas, ubicados al occidente del departamento.



Caminada Buriticá – Giraldo – Cañasgordas

Para el domingo 28 de julio, el *Grupo Huellas* programó la caminata entre los municipios de Buriticá, Giraldo y Cañasgordas, ubicados en la subregión Occidente del Departamento de Antioquia, Colombia. La actividad fue clasificada como grado cinco de dificultad.

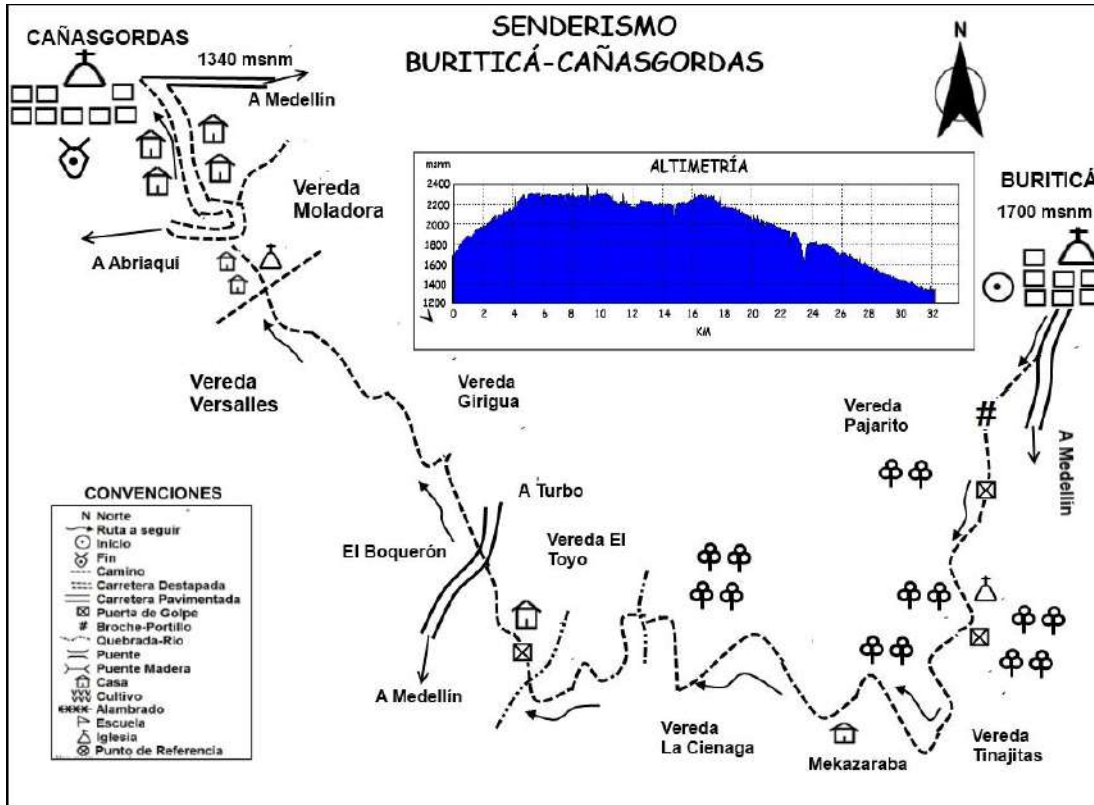
A las cinco y treinta de la mañana el bus recogió al grupo de caminantes frente a la Universidad de Antioquia. Como es habitual, el guía principal hizo las primeras indicaciones técnicas acerca del recorrido, informó sobre las características de la zona e hizo una breve referencia histórica, mientras nos hacía entrega de la monografía de la actividad.



Fundado por estudiantes de la Universidad de Antioquia en 1990, *Huellas* promueve el bienestar humano y el cuidado del medio ambiente a través de diversas actividades en la naturaleza.
<http://www.huellasgrupo.com/>

Ficha técnica del recorrido

Dificultad: 5 (1 a 5) □ Distancia aproximada: 32 Km □ Duración aproximada: 10 horas



Plano elaborado por los guías de *Huellas* a partir del prerrecurso



Mapa del recorrido. Adaptado de: Instituto Geográfico Agustín Codazzi

El territorio por donde se realizó el recorrido

Municipio de Cañasgordas

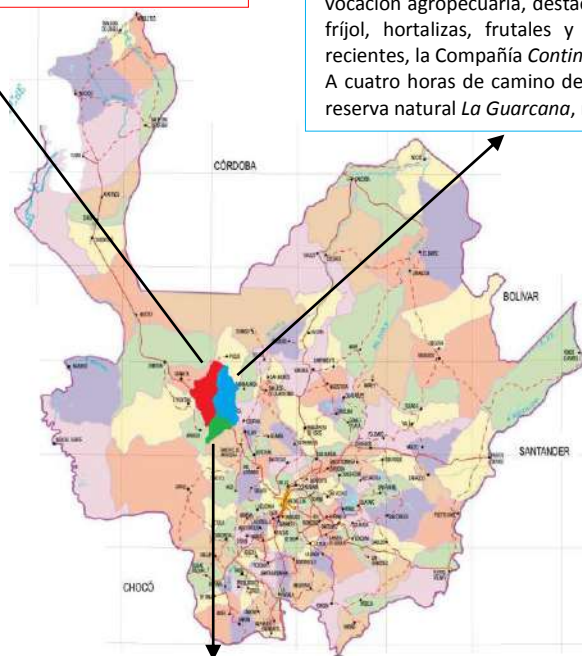
Ubicación: Subregión Occidente, a 133 Km de Medellín.
Temperatura: 21°C □ **Altura:** 1.320msnm □ **Habitantes:** 16.820
Área: 391 Km² □ **Gentilicio:** cañasgondense o cañasgordense.
El primer conquistador en recorrer la región fue el mariscal Jorge Robledo. El municipio fue fundado por Francisco Silvestre y Sánchez el 01 de enero de 1773 y ha tenido por nombres *Don Carlos de Cañasgordas*, *Balboa*, *San Carlos de Milán* y *Miramar*. Recibió su nombre por la gran cantidad de guadas que había a orillas del *Riosucio*, que los indígenas usaban en sus construcciones. Por su geografía cuenta con diversidad de climas y tiene vocación agropecuaria, destacándose la producción de café, caña, maíz, frijol, plátano, yuca, cacao, hortalizas, frutales y ganadería en pequeña escala. El municipio es rico en fauna silvestre.

Municipio de Buriticá

Ubicación: Subregión Occidente, a 93 Km de Medellín.
Temperatura: 21°C □ **Altura:** 1.625msnm □ **Habitantes:** 7.843 □ **Área:** 364 Km². **Gentilicio:** buritiqueños, buriticenses o buriticanos.
A la llegada de las tropas del conquistador español Juan Badillo, en el siglo XVI, los indígenas tenían por líder al cacique Buriticá, quien fue condenado por aquel a morir en la hoguera. Fue fundado por Francisco Herrera Campuzano el 15 de enero de 1614 y también tuvo por nombre *Castilla de oro*. Conocido por su gran riqueza aurífera, este recurso ha sido explotado en forma intermitente, siendo la escasez de agua el principal obstáculo para su extracción. En esta región hizo industria minera la legendaria Doña María de Centeno. Desde fines del siglo XVIII la explotación de minas continuó, pero nunca en igual magnitud, manteniéndose aun la extracción artesanal. La región ha mantenido una vocación agropecuaria, destacándose la producción de café, caña, maíz, frijol, hortalizas, frutales y ganadería en pequeña escala. En años recientes, la Compañía *Continental Gold de Colombia* explota el oro. A cuatro horas de camino desde la cabecera municipal se encuentra la reserva natural *La Guarcana*, rica en fauna silvestre.

Primeros pobladores

A la llegada de los conquistadores españoles, en el siglo XVI, el territorio era habitado por indígenas de la etnia Katio



Municipio de Giraldo

Ubicación: Subregión Occidente, a 94 Km de Medellín.
Temperatura: 17°C □ **Altura:** 1.950msnm □ **Habitantes:** 4.300 □ **Área:** 96 Km². **Gentilicio:** girdalino.
El caserío ubicado en lo que hoy es Giraldo, se conoció en sus comienzos como *Arro*, nombre del grupo indígena allí establecido. Alrededor de 1531 los conquistadores Juan Badillo y Francisco César recorrieron esta región. En 1865, durante el gobierno de Pedro Justo Berrío, mediante Ley 65 de 1865, el caserío de *Arro* adquiere la categoría de Distrito Municipal, adoptando por nombre Giraldo, en memoria del gobernador de Antioquia don Rafael María Giraldo. Se le ha reconocido por su tradición musical. Tiene vocación agropecuaria, destacándose primero por la producción de anís y luego café (recientemente en variedades exóticas), caña, maíz, frijol, plátano, yuca, cacao, frutales y ganadería en pequeña escala. En producción de hortalizas, se destaca el cultivo de: cebolla de rama (variedades junca, pastusa, berlinera e imperial), cebolla de huevo, arveja, tomate, arracacha, zanahoria, cilantro, repollo, pimentón, brócoli, entre otras.

Fauna de la región: ardilla, armadillo, chucha, conejo, cusumbo, erizo, guagua, mapuro, mono, oso de anteojos, oso hormiguero, pantera, perrolobo, pumas, serpientes, tatabra, tigrillo, venado, zorro y gran variedad de aves y peces.



En el bus

Aprovechamos el trayecto hasta el municipio de Buriticá, tanto para disfrutar del panorama, como para descansar, pues nos esperaban diez horas de travesía. El bus, muy cómodo y moderno, efectivamente nos lo permitió. De igual forma, la carretera, a mi parecer, estaba en muy buenas condiciones, especialmente entre Medellín, capital del departamento, y el municipio de Santa Fe de Antioquia, antigua capital de Antioquia.

Arribo al municipio de Buriticá

Poco antes de llegar al casco urbano del municipio, y tal como nos lo informó el guía, se nos hizo evidente *la fiebre de oro* que, desde hace algunos años, nuevamente invade la región: en un trecho bastante extenso, la extracción del metal se hace al pie mismo de la carretera, en medio de una situación algo caótica. En el pueblo, la situación es parecida, pues todo parece girar en torno a tal industria: peatones, bestias de carga, bicicletas, motos, carros, sumados al polvo que generan la minería y el verano propio de la época, provocan un estado de aprensión en los pobladores, entre otras razones porque la minería arrastra consigo un grueso de población trashumante, por ende foránea y de muy diversa condición. Y a ese caos, aquella mañana dominical se sumaba la presencia del variopinto grupo de caminantes, tan diverso como el trópico lo permite: mujeres y hombres, jóvenes y no tan jóvenes; unos con indumentaria y dotación perfectamente reglamentaria; otros, para nada ortodoxos, eran el puro minimalismo. Así entonces, veíamos morrales, bolsos o canguros; botas, botines o tenis, de cuero, tela o goma; blusas, busos, camisas y camisetas; viseras, gorras y sombreros; bastones de madera y aluminio. Y, sin embargo, todos hicimos el recorrido hasta el final.

Inicio de la marcha

En medio de los lamentos de algunos caminantes porque no les fue posible hallar un sitio donde conseguir el anhelado *desayuno típico paisa* –una bomba de calorías, exclusivamente para quienes tienen estómago de titanes–, nos debimos conformar con un típico desayuno de pueblo minero: lo que había en ese momento en la vitrina de la *veintiúnica* panadería del parque. Una malta, dos pandequesos y dos panecitos más tarde, volando bajé con Marlon, mi amigo, a una tienda cercana para ajustar el almuerzo. Al pan integral y a la segunda malta que compré en la mencionada *veintiúnica*, les sumé una lata de atún y una bolsa de mayonesa: ascetismo histórico del que nos contagiamos tal vez por el tema del oro y la visión surrealista de la estatua del cacique Buriticá atado a su cadalso, al pie del atrio de la iglesia.



¡El atrio de la iglesia! Hacia allá salimos rápido, porque ya se concentraban en él los caminantes de ese domingo. Y los de siempre, porque grupo de caminantes que se respete, se reúne en el atrio de la iglesia, al menos en Antioquia.

Sandra, guía asignada a la retaguardia –mejor dicho, condenada a la retaguardia–, dirigió un excelente calentamiento antes de salir; a la par, Guillermo, el guía principal, nos daba información e indicaciones adicionales sobre el recorrido, enfatizando en algo que me produjo escalofrío: a medio camino, en el punto donde cruzaríamos la carretera, estaría dispuesto el bus para recoger a quien no se sintiera capaz, o no quisiera –lo dijo con sorna–, terminar la actividad. Ahí me veía yo, desvanecido y derrotado, auxiliado por los buenos samaritanos, que nunca faltan por estas latitudes, para abordar el bus. Tocaría hacerme el cojo o recurrir a otro ardid, para que la vergüenza no fuera mucha –pensé para mis adentros.

Saliendo del parque, la primera parte del recorrido, que según el guía sería un leve ascenso, resultó con tramos bien faldudos, aunque los veteranos caminantes, en lugar de andar, se devoraban esas lomas a la carrera. Así, a “media falda”, atravesamos la vereda *Pajarito* hasta llegar a *Tinajitas*, por un terreno que, aunque con vegetación, era bastante seco y cruzamos algunas cañadas, sin gota de agua. Abajo, a orillas del río Cauca, se veía un pueblito por el que nos preguntábamos desde el bus: el municipio de Olaya.



Vista del cañón del Río Cauca, desde la vereda Pajarito. Al fondo, la Cordillera Central



Vista del cañón del Rio Cauca, desde la vereda Pajarito. Al fondo, la Cordillera Central

Hicimos el primer descanso –¡Uf, por fin!– en la sede de la Acción Comunal de la Vereda *Tinajitas*; a la vez que sitio de peregrinaje, también imponente mirador desde donde alcanzamos a observar al sur, muy a la distancia, el emblemático *Cerrobravo* del suroeste antioqueño y partes de los cañones de los ríos Cauca y Tonusco.



Sede de la Acción Comunal de la Vereda Tinajitas, Municipio de Giraldo



Vista de los cañones de los ríos Cauca y Tonusco. Al fondo, la Cordillera Central y, al centro, el Cerrobravo, en jurisdicción del municipio de Fredonia

Por tierras de Giraldo

Luego de algunos minutos de reposo, nos adentramos por la vereda *Ciénaga*, afortunadamente ya por un camino entreverado, más suave y en leve descenso, ahora en un ambiente menos seco, con vegetación más frondosa y de un verde más intenso; un nuevo microclima con solo cruzar el filo de la cordillera por la que ascendimos. Allí empezamos a encontrar pequeñas parcelas, potreros, ganado en muy buenas condiciones y otros animales domésticos, bastantes cultivos y frutales, lo que me llenó de entusiasmo, pues pensé que solo veríamos potreros y rastrojo.

Creo, aunque no soy devoto, en el inconsciente. Sólo en este punto comprendí por qué me decidí a hacer el recorrido, a pesar de mi temor sobre la eventual inseguridad en la región y de desconfiar seriamente acerca de mi capacidad física para aguantarlo (aún me estremezco al recordar la sentencia del guía: “¡La caminata es grado cinco!”). Resulta que esta es la región donde se desarrollaban las historias que, durante mi infancia, escuchaba por boca de mi tío Gabriel, quien, a medida que envejecía, se veía cada vez más poseído por la fiebre del oro. Justamente en los tres municipios por donde íbamos a caminar: Buriticá, Giraldo y Cañasgordas.



El andar por los montes haciendo cateos en busca de minerales –nos enseñaba algunos de sus hallazgos, que iba sacando de una bolsa–, tras ese codiciado oro que no se dejaba encontrar; las brujas, perdición de los solitarios; los duendes, burlones, embolatando a los cateadores; los animales del monte, ¡especialmente esas temibles tatabras!, de las que uno solo podía salvarse encaramándose a un árbol, y en el más absoluto silencio, hasta que se les diera la gana de irse; bestias a las que ni los tigres ni los osos se atrevían a enfrentar, por hambrientos que estuvieran.

Sumados a tales recuerdos, llegaban a mi mente aquellos provenientes de esa manía mía, que me viene de muy joven, de leer crónicas de la conquista, exacerbados además por la triste historia que nos soltó el guía, durante el calentamiento, acerca del desgraciado Cacique Buriticá, mientras observábamos su escultura al pie del atrio de la iglesia.

Así entonces, no creo exagerar cuando afirmo que, además de los caminantes, me acompañaban mi tío Gabriel y sus historias de cateos y tatabras y conquistadores e indios trenzados en feroces *guazábaras*. De tal suerte de trance eventualmente me sacaba Marlon –lazarillo *ad honorem*– con algún comentario, tal vez más por verificar que yo siguiera con vida, que por entablar conversación.

Mekasaraba, la casa de todos

Más pronto de lo que esperaba, alrededor de las once arribamos a *Mekasaraba*, donde hicimos una pausa para conocer sus proyectos y probar algunos alimentos preparados con lo cultivado en la granja. Por mi parte, me deleité con las galletas y arequipe de quinua, cuyo agradable sabor me sorprendió gratamente y de donde probablemente obtuve la energía necesaria para aguantar la jornada completa. En aquello creo haber consumido la cantidad de quinua que me correspondía en este, su año conmemorativo.

Mekasaraba, expresión de la etnia Koreguaje (Caquetá, sur de Colombia), significa *Senda de arriera con ramificación* y tal nombre se dio a su resguardo, considerado la *casa de todos* por ser sitio de encuentro para las diferentes etnias de la región.

De la lengua Koreguaje, el maestro Jorge Hernán Prieto Ramírez adoptó hace años el nombre *Mekasaraba, la casa de todos*, para su sitio de vivienda, ubicada antes en el corregimiento Santa Elena de Medellín. Ahora, en la vereda *Ciénaga* del municipio de Giraldo, sigue siendo la casa de todos, un sitio de encuentro para quienes desean aprender sobre alfarería y saberes ancestrales. Desde allí, el maestro Jorge Hernán apoya el proyecto *Giraldo - Zaitania, Programa de Unidades Productivas Agrícolas Soberanas*, en

cooperación con la Corporación Sipah y apoyo de la alcaldía de Giraldo, la Corporación Colonia Giralдина y el Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia.



El maestro Jorge Hernán y Ehider, directores de Mekasaraba y nuestros anfitriones durante la breve visita

Proyecto Giraldo - Zaitania

Zaitania, vocablo de la cultura Muisca que significa *al principio del mundo*, describe muy acertadamente el sentido del proyecto Giraldo-Zaitania. Liderado por *Mekasaraba, la casa de todos*, y *SIPAH, Corporación para Estudios en Sociedad, Patrimonio, Ambiente e Historia*, el proyecto promueve la soberanía alimentaria en la comunidad rural del municipio de Giraldo, Antioquia, mediante el Programa de Unidades Productivas Agrícolas Soberanas. A través de la investigación y la experimentación en huertas, el proyecto promueve la recuperación, adaptación, mejora, conservación e intercambio de semillas, así como la recuperación de saberes agrícolas y gastronómicos ancestrales. Algunas especies que alcanzamos a observar durante la visita fueron: achira, ajenojo, amaranto, avena, brócoli, calanchoe, caléndula, chía, cebolla, coliflor, durazno, estevia, guineo, lechuga, lulo, maíz, papa, pepino de agua, quinua, rábano, romero, yacón y zanahoria.

Debido a nuestro ajustado itinerario, solo pudimos permanecer media hora en Mekasaraba. Sin embargo, fue tiempo suficiente para comprender que su propuesta consiste en hacer una revolución basada en la cooperación; el respeto por las personas, la cultura y el medio ambiente; la investigación y el trabajo. Este proyecto cobra mayor vigencia hoy, cuando las multinacionales de los alimentos nos imponen su basura, con el beneplácito de nuestros pusilánimes gobernantes.



De Mekasaraba salimos a las once y treinta, por un terreno con topografía similar, algo irregular pero en descenso, e igualmente con parcelas medianas y pequeñas, con ganado muy bien cuidado, potreros, cultivos de caña y maíz, huertos muy variados y árboles frutales (limones, naranjos, mandarinos, guayabos, aguacates, zapotes, guamos).

Almuerzo

A la una y treinta paramos a almorzar en casa de Ildfonso, amigo que había acompañado como guía a los exploradores del *Grupo Huellas* durante el prerrecorrido. Allí simplemente aproveché para descansar, pues luego de la sobredosis de quinua en forma de arequipe y galletas que había ingerido dos horas antes en Mekasaraba, ya había resuelto mis

necesidades nutricionales por ese día. Bien acomodados en el zaguán posterior de la casa, los morrales de Guillermo y Marlon –mis *parceros* de caminata– se transformaron en alacenas, de donde comenzaron a salir descomunales vasijas plásticas y bolsas con no sé cuántas clases de alimentos. Ante mi cara de asombro, su respuesta fue: – *¿Qué?, nada, es un almuercito normal*. Les pasé la bolsa de mayonesa, para que ajustaran “el almuercito”. Cada tanto me ofrecían de sus viandas, advirtiéndome: *¡Hey Fer!, comé que por allá te agarra la pálida*. Así pues, para no incomodarlos mucho, me puse a disimular con el pan y la malta. Cuarenta minutos después tomamos de nuevo nuestro camino.





Panorámica del municipio de Giraldo



Hacia la carretera



El tramo final del descenso hasta la carretera lo hicimos ágilmente, casi deslizándonos sobre el camino pedregoso. Al llegar, todos estábamos un poco a la expectativa de saber si alguien desistiría de continuar la travesía. Sin embargo, todos decidimos seguir adelante. Algunos caminantes solo dejaron en el bus lo que consideraron innecesario para el resto del camino.

Rumbo a Cañasgordas

Avanzamos unos trescientos metros por la carretera y, en el *Boquerón*, nos adentramos por la vereda *Las Nieves*, en descenso hacia Cañasgordas, que no se veía por ninguna parte; ni se vería, pues está ubicado en el estrecho valle del río que recibe su mismo nombre. En la foto, el valle por donde realizamos el descenso, casi en forma paralela a la carretera que conduce a la región de Urabá (parte superior derecha de la foto).



Contrario a lo que esperaba, el camino mejoró bastante con relación al tramo anterior. El astro rey siguió portándose de la mejor manera con los caminantes, pues comenzó a brillar en plenitud cuando ya el bosque nos protegía casi totalmente de él. El terreno cambió todavía mas, pues empezamos a cruzar, primero, hilitos de agua, y ya, a medida que descendíamos, arroyos y quebradas. La travesía continuó en descenso por la media



falda. Desde la finca en el alto de Boquerón, por donde nos adentramos nuevamente en el sendero, avanzamos un muy buen trecho por entre rastrojo, bosque y pequeños potreros, hasta empezar a encontrar, más adelante, parcelas cultivadas, que cada vez se fueron haciendo más y más coloridas y diversas. De camino a Cañasgordas pasamos por las veredas Nieves, Insor, Buenos Aires, la Unión y Versalles.

En este tramo encontramos principalmente cafetales, cañaduzales y maizales, y pasamos por varios trapiches de caña. El camino continuó ahora bordeando un pequeño afluente del río Cañasgordas, por donde ya no teníamos visibilidad como en la primera parte del recorrido. Además, faltando todavía un largo trecho, la fatiga nos vencía.

A las cinco de la tarde, el camino que llevábamos se convirtió en carretera veredal, en cuyo comienzo encontramos una pequeña capilla. Quienes íbamos en la cola pasamos justo cuando los feligreses salían de misa, y de seguro nos tuvieron por locos cuando se enteraron que veníamos por trocha desde Buriticá. Mucho me sorprendió la actitud amable y jovial de sus pobladores, pues desde hace años tengo la idea de que en nuestras provincias solo cunde temor, tristeza y desconfianza. También llamó mi atención el aspecto moderno de la población en general, de las viviendas, las parcelas y los medios de transporte, indicadores de la prosperidad del municipio.

En este punto yo ya no sé si vi o aluciné lo que describo, debido al cansancio y dolor en los pies. Avanzamos y avanzamos por una eterna carretera plana. Cañasgordas –me dije– debe ser el pueblo más largo del mundo. Mis amigos aún tenían ánimo para bromear, mientras yo fingía escucharlos y sonreír ante lo que imagino eran sus chanzas: mi reino ya no era de este mundo. Iban siendo las seis de la tarde cuando llegamos al que creí parque principal del municipio, pero en realidad era el *Parque Libertadores*. Allí, de nuevo frente a la iglesia –ahora Capilla de la Sagrada Familia– Sandra dirigió el estiramiento para los últimos caminantes, pues los primeros llegaron a la cabecera municipal casi una hora antes. Como pude, simulé estirar. Luego, para finalizar, una gaseosa, y a recorrer las cuadras restantes para encontrarnos, ahora sí en el parque principal, con el resto del grupo.

Cañasgordas resultó ser una pequeña ciudad muy movida, organizada, limpia, agradable. Su gente, alegre y amable.



Desquite en Manglar

Antes de tomar nuevamente el bus, nuestro guía nos informó que habría desquite gastronómico en *Manglar*. Especialmente quienes quedaron antojados desde el desayuno en Buriticá, encontraron la más justa revancha durante la pausa en este sitio, corregimiento del municipio de Giraldo, ubicado al borde de la vía. Allí, en un enorme y concurrido restaurante típico de carretera, encontramos la más amplia variedad de alimentos acabados de preparar, como para calmar cualquier antojo. Así, tal como lo prometió Memo, nuestro guía, la deuda matutina quedó saldada con creces. De ahí en adelante, de regreso a Medellín, la mayor parte de nosotros la pasamos dormitando. El bus, finalmente, nos dejó de nuevo frente a la Universidad de Antioquia, a las diez y treinta de la noche.

¿Qué me queda de la experiencia? ¡Mucho! Conocer tan bellos parajes de nuestro departamento, visitar Mekasaraba y conocer el proyecto Zaitania, percibir la esperanza en sus habitantes, evocar gratos episodios de mi infancia, superar un reto personal. Así pues, toda mi gratitud para los organizadores del recorrido.

Referencias

Gómez Aldana, D. F. (2012). Definición de Zaitania. En: *Diccionario Muisca – Español* (Tesis de Antropología). Colombia: Universidad Nacional de Colombia. [[Internet](#)]

Google Maps. *Mapa de Suramérica*. [[Internet](#)]

Grupo Huellas. *Sitio Web*. [[Internet](#)]

Instituto Geográfico Agustín Codazzi. *Mapa de Antioquia y Área Buriticá – Giraldo – Cañasgordas*. [[Internet](#)]

Municipio de Buriticá. *Sitio Web*. [[Internet](#)]

Municipio de Cañasgordas. *Sitio Web*. [[Internet](#)]

Municipio de Giraldo. *Sitio Web*. [[Internet](#)]

Proyecto Zaitania. *Unidades Productivas Agrícolas Soberanas. Resultados parciales, Junio de 2013*. (Documento inédito).